



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Martínez, Luciano
Ciencias políticas y trabajo de campo. Diálogo con Liisa North
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 23, septiembre, 2005, pp. 117-124
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50902313>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ciencias políticas y trabajo de campo

Diálogo con Liisa North

Luciano Martínez

Profesor-investigador de FLACSO



Liisa North es actualmente profesora emérita de la Universidad de York en Canadá, institución a la cual ha estado vinculada desde inicios de los años setenta, casi inmediatamente después de obtener su doctorado en Ciencia Política en la Universidad de Berkley en California con una tesis sobre “Los orígenes y desarrollo del partido aprista del Perú”. Desde entonces ha estado relacionada al espacio académico del norte, pero sin apartar su mirada ni su corazón de lo que sucedía en América Latina y más concretamente en Ecuador. De ello son pruebas fehacientes sus frecuentes viajes a la región, su incansable actividad de investigación y de docencia en varios países, entre los que podemos destacar Colombia, Perú, Chile, Ecuador, Nicaragua y Guatemala.

Conjuntamente con Louis Lefebvre ha impulsado importantes investigaciones desde el CERLAC (Centro de Investigaciones sobre América Latina), institución de la cual fue directora entre 1989 y 1991. Su importante trabajo de investigación sobre el Ecuador se inicia en los años 70 con el Proyecto Ecuador, el cual se concretó en la publicación de 4 tomos sobre temas de historia, economía, sociedad y agro. Su trabajo más actual está orientado a la problemática del desarrollo en el medio rural. La evolución del pensamiento de Liisa es el resultado no sólo de la profundización de sus primeras investigaciones sino también del compromiso con los sectores más pobres de nuestra sociedad. En efecto, desde los años 80, la implementación de políticas de ajuste en nuestro país, ha generado una mayor desigualdad y pobreza especialmente en la población rural. Se abrió así un espacio privilegiado para la investigación, un verdadero laboratorio social que fue muy bien aprovechado por Liisa, pues justamente desde fines de la década de los 90 desarrolla investigaciones sobre economía política del medio rural y viene a llenar en cierto sentido un vacío de conocimiento sobre estos temas, dejados de lado tempranamente por los investigadores nacionales que consideraron equivocadamente que los problemas de la ruralidad habían pasado a segundo plano.

Sus más recientes publicaciones se orientan en el caso ecuatoriano hacia esa realidad con una visión a todas luces optimista y creadora a la vez. Liisa revaloriza la estrategia comunitaria como alternativa frente a la estrategia individualista que se imponen a través del mercado y el neoliberalismo. Considera que la construcción de una sociedad rural con mayor equidad es una base no sustituible del futuro del desarrollo, pero igualmente plantea con claridad la necesidad de cambios estructurales, especialmente la necesidad de una reforma agraria y acceso a los recur-

sos por parte de los pobres rurales, como base de la construcción de una sociedad más justa y democrática.

Sus últimas investigaciones se han concentrado en el estudio de estos mini-modelos de desarrollo local en la sierra ecuatoriana y que no han sido tomados en cuenta en el diseño de políticas públicas. Liisa viaja, entonces, a Pelileo en Tungurahua, a Salinas en Bolívar y allí realiza un minucioso trabajo de campo, discute sobre el rol de las ONG y estimula el debate sobre el desarrollo rural. Los resultados de estas investigaciones están recogidos en el libro publicado en inglés *Rural Progress, Rural Decay*¹ que resume una parte importante de sus preocupaciones actuales sobre el mundo rural ecuatoriano y donde luego de analizar los efectos del ajuste sobre el campesinado, sus potencialidades organizativas y económicas, deplora la crisis institucional del Estado y la falta de diseño de políticas públicas favorables a los productores pobres rurales.

Por su trayectoria académica y por su constante contribución al desarrollo de las ciencias sociales, Liisa North es la flamante ganadora del Premio Pío Jaramillo Alvarado 2005 que la FLACSO otorga anualmente a los investigadores sociales más destacados de dentro y fuera del país.

Luciano Martínez: Tú tienes una antigua vinculación emocional y académica con América Latina. De lo que yo conozco, hace algunas décadas hiciste un viaje en automóvil desde California que te permitió acercarte a la realidad de nuestros países.

Liisa North: Creo que mi vinculación con América Latina empezó cuando tenía nueve años, cuando mi papá se exilió en Venezuela. Ya tenía 4 años de vivir en Venezuela, cuando mi mamá, mi hermana y yo nos unimos a

él. Era el año 1949. La situación nuestra en Venezuela fue bastante dramática, porque estuvimos en Coro, una zona en donde el cacique local estaba metido en el mismo negocio que mi papá. Lo que ocurrió fue que le confiscó los bienes a mi padre y quedamos casi en la calle. La única manera que encontré entonces mi padre para tener un poco de dinero para comprar los pasajes de avión y poder ir a buscar suerte en Caracas fue trabajar para el cacique. Ya en Caracas teníamos tan poco dinero que vivimos en el garage de otro finlandés durante un año entero. Fueron experiencias duras las de mi infancia, especialmente la cuestión personal y familiar, pero también el cambio entre el frío ártico finlandés y el trópico costero de Coro, que está muy cerca de Maracaibo.

Con referencia al viaje por tierra de San Francisco hasta Lima y después hasta Santiago de Chile, ¿qué te puedo decir? Era un viaje hacia Perú donde iba a hacer la investigación de mi tesis doctoral sobre el partido Aprista. Convencí a la Fundación Ford de que me de el dinero del pasaje por avión para utilizarlo en un viaje por tierra. El viaje se tornó bastante complicado. Así, por ejemplo, tuvimos la mala suerte de matar a una mula en Nicaragua en la época de Somoza. La guardia de Somoza nos confiscó el carro. Estuvimos presos durante un tiempo en el pueblito de Rivas, pero todo el pueblo estaba tan enojado con el régimen que, conocedores de nuestra situación, iban a hablar con nosotros y contarnos cosas. La mula era de un hacendado muy odiado en la zona y, por eso mismo, recibimos muchos consejos de gente del pueblo sobre cómo negociar con la policía y salir del lío. Al fin, tuvimos que relacionarnos con el jefe de tránsito para salir del problema sin pagarle al hacendado.

L.M.: Es decir que ya en el trayecto hacías una especie de práctica etnográfica y sociológica...

¹ Liisa North y John D. Cameron, editores, 2003, *Rural Progress, Rural Decay*, Kumarian Press, USA.

L.N.: Sí. Pero además, la otra cosa que ocurrió es que viajábamos en un jeep y llevábamos gasolina extra, agua extra (muchos de los caminos eran desolados) y David, mi ex esposo, era un mecánico bastante bueno. Entonces cuando nos encontrábamos con gente en líos en la carretera siempre nos parábamos para ayudarles y ellos siempre nos invitaban a tomar una cerveza y conversar. Poco a poco avanzamos hasta Lima pero siempre en conversaciones constantes con la gente, en la carretera y en los pueblos. Ahí pasé por primera vez por Quito.

L.M.: ¿Qué impresión tuviste del Ecuador en ese entonces?

L.N.: Era 1968, antes de la época petrolera. Entramos desde Colombia por la vieja carretera construida por García Moreno. El viaje desde la frontera con Colombia hasta Quito nos llevo un día y medio. Dormimos en Ibarra. El paisaje en Colombia era impresionante, pero los contrastes del Ecuador fueron verdaderamente alucinantes. De la sierra, en el norte, bajamos al valle del Chota y nosotros decíamos “bueno, entramos en una máquina del tiempo o nos equivocamos de continente”. ¡El Chota era África! Y después subimos otra vez al frío y llegamos a Quito. Había apenas unos 20 kilómetros de carretera pavimentada, si no recuerdo mal. Realmente sólo existía el centro de la ciudad y en toda esta zona, lo que hoy es el norte, había sólo casas de campo. En general había mucho campo, mucho verde. Era un día nublado cuando salimos de Quito y de repente se despejó todo, era maravilloso, realmente maravilloso.

L.M.: Respecto a las investigaciones que has hecho en Ecuador, ¿qué problemáticas han marcado tu carrera? ¿Se podría decir que en tu recorrido hay un paso desde una visión académica de la ciencia política hacia una visión más social?

L.N.: Yo creo que tenía preocupaciones sociales desde el comienzo. El primer trabajo en el que estuvimos metidos fue el tomo de Louis Lefebvre para el proyecto Ecuador. Juan Maiguashca y yo fuimos contratados el mismo año (1971) en Toronto y empezamos a enseñar juntos. En ese entonces el interés de Juan era la economía política, la historia económica y social. Mi contribución para el libro era un análisis de los correlatos políticos, de por qué el capitalismo ecuatoriano no permitía el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente. Esta era la pregunta fundamental y necesariamente empecé a hacer el análisis de las clases dominantes, las que toman las decisiones sobre la economía, y esto, si se asume una perspectiva histórica, te conduce necesariamente a los terratenientes. Esto explica que en el primer trabajo publicado sobre Ecuador ya esté el tema del desarrollo rural, de las formas de dominación en el campo, del interés que tiene la organización política y social en el campo para defender los intereses indígenas, campesinos y otros, de la importancia de la organización para poder impactar en las políticas públicas. Con Maiguashca estuvimos además analizando el populismo y encontramos una relación entre éste y la falta de organización popular autónoma, la fragmentación política y regional del país, así como las consecuencias de todo esto en la organización interna de los sectores populares, en su capacidad de defenderse con su propia voz. Yo creo que las preocupaciones sociales ya estaban en el análisis del velasquismo y también en el análisis de las políticas económicas para el tomo que editó Louis Fefever.

L.M.: ¿Cuáles fueron tus influencias intelectuales en esos años? Tengo entendido que en tus estudios hay una huella de Barrington Moore.

L.N.: Bueno, Barrington Moore influyó en mi trabajo, pero habría que ver de qué modo.

La otra influencia intelectual de los años 60 fue Eric Hobsbawm con sus estudios sobre las guerras campesinas y sus análisis del campesinado. Cuando escribí mi tesis sobre el aprismo, estaba analizándolo en relación a los desencuentros del desarrollo en el campo peruano, en particular las consecuencias del surgimiento de la economía azucarera de plantación en la costa norte del Perú y sus efectos destructores sobre la pequeña y la mediana producción, así como los conflictos sociales que se produjeron en las zonas mineras. Porque el aprismo surgió precisamente en estas zonas de conflicto.

Ahora bien, este trabajo sobre el aprismo y los disloques sociales del desarrollo lo hice antes de leer a Barrington Moore. Mi preocupación por las consecuencias de la concentración de tierras a fines de siglo XIX y comienzos del XX, precede a esa lectura. Más bien la lectura que había hecho cuando entré en el análisis del aprismo era la de Torcuato di Tella, quien había trabajado sobre fenómenos similares en algunas regiones de Argentina. Yo fui asistente de investigación de Torcuato en Berkeley. Pepe Nun, también había sido invitado a Berkeley y yo era, en cierto momento, asistente de investigación tanto de Pepe Nun como de Torcuato di Tella. Y fue bajo influencia de Torcuato que formulé mi propuesta de tesis doctoral sobre los disloques producidos por la expansión de economías de exportación y sus consecuencias para las estructuras sociales locales y los impactos en la política.

Barrington Moore me estaba confirmando cosas que ya había descubriendo a través de la investigación empírica y de mi hipótesis inicial. Torcuato me estaba animando a analizar las bases sociales del populismo a nivel latinoamericano, a encontrar la racionalidad social que estaba detrás de esos fenómenos que aún no habían sido bien explicados. Estos habían sido estudiados con referencia a ideologías nacionalistas, el personalismo, la

influencia personal de Haya de la Torre, pero no en una manera integral ni sistemática. Por eso yo creo que sigue siendo muy importante esa perspectiva de análisis para entender el populismo.

L.M.: A propósito del populismo en el Ecuador, ¿no crees que existe una lectura del populismo y, en general, de la cuestión política en el Ecuador, demasiado academicista, que parte muchas veces de un modelo idealizado de democracia?

L.N.: Bueno, yo quisiera entender el razonamiento de la gente que vota, porque a mi parecer sus razonamientos tienen poco que ver con las cosas que nosotros asumimos como investigadores: tenemos la tendencia a juzgar desde una concepción liberal de la ciudadanía. Ahora, yo tengo muy poca experiencia con relación a la Costa; simplemente he pasado en varias ocasiones para conferencias o eventos en Guayaquil, pero creo que para entender este tipo de fenómenos se necesita investigación sobre la Costa. Pero hablo de investigación de campo, de personas que estén dispuestas a quedarse, uno, dos, tres meses en Guayaquil, Portoviejo, Machala.

La gente me felicitó por mi tesis por varias razones, pero una de ellas fue que yo estaba convencida (también en contra de Torcuato di Tella) de que no podía escribir una tesis válida sobre el desarrollo del partido aprista solamente desde Lima. La mitad del tiempo (estuve, en ese entonces, 18 meses en el Perú), fui al campo: estuve un mes en Trujillo, donde nació Haya de la Torre. Entrevisté a todos los miembros de los comités ejecutivos departamentales del partido en Cajamarca, Lambayeque, La Libertad, Ica. Para contrastar con los lugares donde el partido era débil, fui a Arequipa, Cuzco, Cerro de Pasco, la zona minera y el lado del cerro de Pasto para ver como impactó la economía minera en Huanuco bajando la ceja de montaña. Entrevisté en

Chimbote, la zona pesquera, en el norte del país, y también en Huaraz en la sierra de Ancash. En el norte del país, estaba tratando de entrevistar tanto en la zona de la costa como en la sierra. Luego escogí otros sitios donde el partido era muy fuerte. Y como contraste, dos departamentos donde el partido era débil, que fueron Arequipa y Cuzco.

No quiero presentarme como una heroína o un modelo. Lo que pasa es que tenía mucha energía y tendía a ser bastante atrevida. El trabajo lo exigía y tenía que arriesgarme. Claro que en esos momentos no estaba Sendero Luminoso y además estaba haciendo mi trabajo en los primeros momentos del gobierno de Velasco Alvarado. La gente tenía tiempo y además mucha gente estaba pensando en qué hacer ahora con el gobierno militar, que según la opinión de algunos apristas estaba robando su programa (el del APRA) con la tesis de la reforma agraria, la nacionalización del petróleo etc. Estaban muy desconcertados con lo que estaba pasando y por eso estaban dispuestos a hablar. Creo que fue un momento muy interesante.

Yo pienso que al hacer investigación sobre los partidos uno tiene que meterse dentro de las estructuras de los partidos y quedarse ahí donde los partidos son fuertes, donde tienden sus redes políticas y sociales, pero también donde son débiles. Entrevistar a la gente, escucharla en los cafés, en los restaurantes. Yo era mujer y joven, por eso nunca fui a escuchar en los bares, no fui lo suficientemente valiente para hacer eso, pero sí me propuse escuchar en todos los espacios sociales en donde podía entrar. En total entrevisté a 150 dirigentes locales del partido en las provincias y una buena parte de mi tiempo de investigación estaba dedicado al trabajo de campo.

L.M.: Para hacer buena ciencia política, para entender bien lo que pasa con la política en nuestros países, hay que hacer trabajo de campo a fondo...

L.N.: Yo creo que sí. No sólo aquí, sino en todas partes. No se puede entender los fenómenos sólo desde la ciudad capital y siguiendo las maniobras de los ministros y los congresos. Se tiene que hacer un seguimiento de lo que ahí pasa, pero no es suficiente. Como dije, en cierto sentido el golpe de Velasco me ayudó, porque no podía acudir al Congreso ni a otras instituciones legales ya que estaban cerradas. Había que inventar otra metodología, otras formas y fuentes de trabajo.

En una investigación como esta también hay que hacer una búsqueda en los archivos y es impresionante lo que uno puede encontrar. En el caso peruano yo buscaba al archivo nacional de elecciones. En muchas partes se me dijo que todos estos documentos habían sido destruidos. Cuando fui al archivo, el director, un hombre de más de 80 años, también me dijo que no existían, pero insistí en buscar para ver que es lo que estaba disponible y poco a poco descubrí documentos sumamente valiosos, sobre las elecciones del 32, sobre las elecciones del 36. Era impresionante la cantidad de material que existía sin que se lo conociera. Entonces, cuando estoy hablando de la importancia del trabajo de campo y de las entrevistas no estoy descartando el trabajo en archivos; hay que hacer las dos cosas, aprender a leer los documentos, los periódicos.

Recuerda que en el caso ecuatoriano, cuando tú estabas trabajando conmigo, hicimos entrevistas en Pelileo. Ya habían trabajos anteriores: estaba el tuyo, el de Hernán Ibarra, el de Nancy Foster y otros sobre Tungurahua y Pelileo, pero para entender lo que realmente estaba pasando yo creo que la serie de entrevistas que hicimos fue importante. Además, lo lindo era hacer entrevistas en diferentes tiempos (algo que uno no puede hacer para una tesis), en diferentes momentos, para ver como están cambiando las cosas. Si uno hace las entrevistas con la misma gente, uno empieza a entablar una relación que les permite hablar con confianza mutua, de lo

que nunca sale en la primera entrevista. En el caso de los productores de jeans de Pelileo, entrevisté a la misma gente un buen número de veces y realmente cada vez que iba para allá, surgía algo que no estaba dentro del cuestionario. Para una tesis, esto es muy difícil, aunque yo siempre animo a los alumnos a que regresen por lo menos una vez a su lugar de estudio para ver los cambios.

L.M.: Al parecer, los científicos latinoamericanos de generaciones anteriores habían logrado bastante prestigio en la academia del norte, al punto de que, como tú mencionas, las orientaciones y el tema de tu trabajo te fue sugerido por un investigador latinoamericano. ¿Qué ha pasado ahora? ¿No te parece que esa influencia casi ha desaparecido? ¿O es que los latinoamericanos en los años 60 y 70 estábamos pensando mucho más sobre nuestra realidad, investigando más, aportando y creando más, y a partir de los años 80 estaríamos repitiendo cosas?

L.N.: La pregunta es difícil. Por supuesto que los autores de Latinoamérica tenían muchísimo impacto en el norte. Por ejemplo, Cardoso, las teorías de dependencia, Faletto, en ese entonces también Celso Furtado y Raúl Prebisch. Pero yo creo que eso no ha cambiado: en el norte se continúa leyendo la producción de los latinoamericanos. Yo diría que ahora hay más latinoamericanos en las universidades norteamericanas que nunca. Antes casi todos los profesores de planta en las universidades de Norte América eran de origen europeo, sobre todo irlandés, con muy poca relación con América Latina. Ahora muchos de los profesores en las universidades norteamericanas son latinos que fueron a estudiar allá y se quedaron, o son hijos de inmigrantes o refugiados.

Cuando yo fui a Canadá en 1971, solo Juan Maiguashca estaba en York. Pero ahora, ¿quiénes son los profesores de planta? La di-

rectora de CERLAC es Viviana Patroni, refugiada Argentina; el ex director es Ricardo Grinspu, un economista chileno; el Jefe del Programa Estudios Latinoamericanos es Eduardo Canell, un refugiado uruguayo. Son personas que siempre están viajando a América Latina, mantienen buenos contactos con las comunidades intelectuales. Y yo podría analizar la planta de profesores que enseñan sobre América Latina en las otras universidades y veríamos algo semejante. La forma en que los latinoamericanos impactan en el pensamiento en el Norte es muy fuerte, a lo mejor no tenemos tantas estrellas pero hay más impacto y más gente, más intercambio.

En los setenta casi no había contactos en Canadá, ahora hay muchos contactos. En York fuimos un centro pionero para establecer un patrón de trabajo que implicaba siempre cooperación con instituciones del sur. No el patrón viejo de viajar y publicar algo en inglés y desaparecer de las redes intelectuales. Existe más trabajo conjunto entre norteamericanos y latinoamericanos.

L.M.: Tus trabajos más recientes sobre el Ecuador están orientados a explicar el desarrollo en el medio rural. ¿Qué opinión tienes de esa propuesta economicista que pretende medir el desarrollo en base al crecimiento económico?

L.N.: Obviamente no la comparto, de ninguna manera. Existe gente dentro de la misma profesión económica que ya no cree en eso. ¿Hasta qué punto, el crecimiento es necesario para regular las condiciones de la vida de la gente? Veamos por ejemplo el caso de Kerala, uno de los estados de la India, conocido por el trabajo de Amartya Sen. En Kerala se ha producido un mejoramiento importante en las condiciones de vida de la gente: existe casi un 100% de alfabetismo, niveles de mortalidad infantil bajos, más o menos semejantes a los de Europa, la desnutrición casi no existe, hay po-

siciones ventajosas para las mujeres en todos los sectores y actividades económicas, políticas y sociales. Y todo esto ocurrió sin crecimiento económico. Los cambios dramáticos se dieron en condiciones en las que la economía de Kerala no estaba creciendo sustancialmente. Hay que tomar en cuenta que no estamos hablando de un lugar exótico con poca gente, si no de un estado de la India que es mucho más grande en términos poblacionales que Ecuador, un estado de 30 millones de personas.

Por otro lado, tenemos el caso de Brasil, bajo el gobierno de los militares y hasta un tiempo después: se observó un crecimiento rápido y al mismo tiempo no mejoraron las condiciones de vida, e incluso es posible que empeoraran en muchas regiones.

¿Cuál era el secreto del mejoramiento en el caso de Kerala? Primero, la educación y organización social. Desde comienzos del siglo XX existió un movimiento educacional que formaba parte de la movilización social y política. Entonces, no estamos hablando simplemente de educación en las escuelas, sino de un movimiento que tenía sus impactos políticos. Segundo, la influencia del partido comunista, que llegó al poder y empezó a invertir en la educación, en la salud y también a conducir una reforma agraria. Estas son políticas redistributivas. Donde encontramos estas políticas coherentes, es donde encontramos un mejoramiento en las condiciones de vida de la gente.

L.M.: ¿Algo de esto has encontrado en el caso ecuatoriano?

L.N.: Lo interesante es que las mejores condiciones de vida en el campo, según el mapa de la pobreza que editaron Carlos Larrea y su equipo, se encuentran en cantones rurales donde predominan los minifundios y la mediana producción, no en las zonas de plantación. Yo diría que hasta en Ecuador se puede ver, por un lado, la correlación entre una dis-



tribución más o menos democrática de los recursos materiales y el mejoramiento de las condiciones de vida y, por otro lado, la relación entre concentración de la tierra y pobreza extrema, como en muchas de las zonas bananeras que tú estás estudiando en la Maná. Al respecto, hay un estudio interesante de Rosemary Thorp donde se analiza precisamente la correlación entre bienestar (acceso a la educación, menores niveles de desigualdad y mejoramientos sociales) y pequeña y mediana propiedad en el sector agrario: es una relación que se ve en los Tigres Asiáticos y también en Costa Rica.

L.M.: Los últimos acontecimientos de abril en Ecuador han demostrado una fragilidad muy grande de las instituciones democráticas, casi como una anomia política. ¿Como relacionarías esto con lo que pasa en la sociedad rural?

L.N.: Esa es una larga historia. En los años 80 todos los partidos políticos habían implementado la misma política económica, con pequeñas variaciones. Pero si todos los parti-

dos siguen las mismas políticas, o por las circunstancias internacionales, la globalización y todo lo que significa, no pueden seguir otras políticas, ¿cómo puede el ciudadano elegir? ¿Cuáles son las verdaderas diferencias entre los partidos? ¿Hasta qué punto la elección de uno u otro partido tiene impacto en tu vida? Yo creo que la desintegración de los partidos, viene del hecho de que cuando llegan al poder no hay realmente diferencias entre ellos. Nosotros, los intelectuales y analistas podemos identificar matices, pero desde la perspectiva de la mayoría de la población creo que no hay diferencias.

El otro tema, que se deriva de las políticas de ajuste, son las condiciones de flexibilización laboral, tanto en el campo como en la ciudad, debido a los cambios legislativos que han ocurrido en relación a las organizaciones sindicales. Uno de los elementos importantes de la organización de la democracia tiene que ver con los sindicatos. Los partidos políticos son importantes, pero los sindicatos son también centrales para estructurar la demanda. Y los sindicatos han perdido un espacio, no tienen impacto, y en regiones como la Costa, los derechos sindicales no son respetados para nada, especialmente en las zonas rurales.

Entonces, si tienes a la gente que vive en un estado de anomia, están imposibilitados de organizarse, de educarse a sí mismos, son presas de ofrecimientos populistas, de las personas que les brindan por lo menos algo inmediato. Sin duda existe una relación, tanto

en el campo como en la ciudad, entre las políticas de ajuste, la desorganización del mundo político y la continuidad del populismo.

L.M.: ¿Qué opinas de los modelos de desarrollo micro locales que plantean el desarrollo desde abajo, aprovechando las potencialidades locales? ¿Tú crees que pueda ser una alternativa para construir la democracia?

L.N.: Puede formar parte de la construcción de la democracia, pero creo que por sí solo no es suficiente. Los programas micro que las ONG promueven a nivel local son muy frágiles. Si no existen políticas económicas y sociales coherentes a nivel nacional, no funcionan. Yo creo que son pocos los programas micro que pueden rendir los frutos que teóricamente tendrían que dar. Tienen que haber iniciativas complementarias a nivel local y a nivel nacional y tener la capacidad de negociar, conjuntamente con otros países y organizaciones, los términos de la integración en la globalización de manera que no sea destructiva a la economía y la sociedad nacional.

L.M.: El papel del Estado vuelve a ser importante en América Latina...

L.N.: El papel del estado siempre ha sido importante en América Latina. La cuestión es para qué se lo vaya a utilizar. El Estado tiene que tomar un rol más coherente en la planificación del desarrollo social y económico.